

FINAL EN LAGUNA

POR JOSE AGUSTIN

"The higher you fly, the deeper you get. Your inside is out, your outside is in."

John Lennon y Paul McCartney (para Beatles): *Everybody's Got Something to Hide Except Me and my Monkey.*

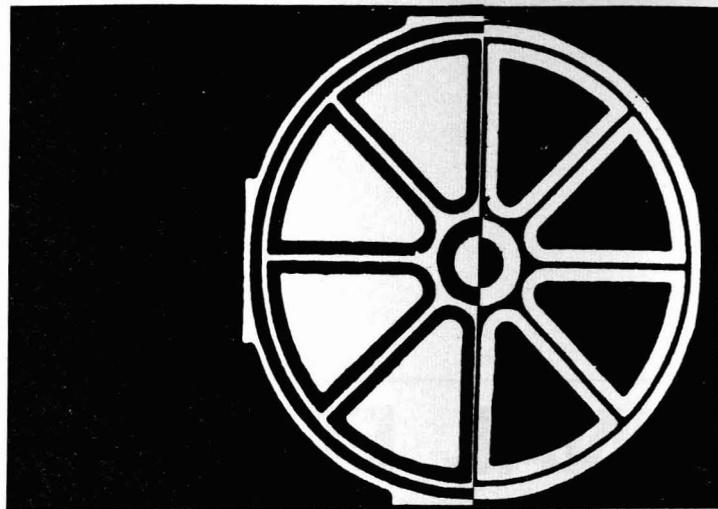
Antes de ingresar en el convento, Azencio vagaba a través del bosque (árboles altos y follaje apretujado) sin fijarse en la tierra húmeda matizada por las hojas, en los arbustos goteantes, en el cielo (intermitente). Cuando sus pies vibraban de fatiga, Azencio caía en el prado, cerraba los ojos y admitía sus visiones. Inicialmente ocurría un hormigueo agradable que transitaba su cuerpo, de pies a cabeza. Después, con los ojos interiores veía olas de luz que lo derrumbaban. Entonces sabía. Sabía cuándo moriría alguien del pueblo, quién se enfermaría, qué mujer concebiría. Revisaba el futuro sin ningún esfuerzo (sin proponérselo), sencillamente: como si en la pantalla de sus párpados cerrados se proyectara una película. Azencio regresaba al pueblo y decía va a suceder esto y aquello. Todos sabían que Azencio podía predecir al futuro y acudían a consultarlo. En esa época Azencio ya no tenía que fatigarse en el bosque para ver. Le bastaba con arrodillarse ante una efigie pequeña de San Antonio ubicada en un nicho del patio del convento. El monje rigidizaba su espalda, respiraba acompasadamente (el vientre como un fuelle) y sabía. El superior del convento indicó a Azencio que no aceptara la comida, los animales, las joyas y el dinero que la gente, llena de gratitud, le ofrecía para corresponder a las predicciones de catástrofes, cosechas y alumbramientos. El maestro repetía: los dones divinos no debían de ensuciarse con dádivas. Pero la vida en el convento era muy austera y la alimentación parca, y Azencio no quiso evitar aceptar la comida, inicialmente, y exigir en pago telas, joyas y dinero después. Tampoco logró cumplir sus votos de caridad. Muchas jóvenes lo visitaban: ya no para consultarlo sino para hechizarse con la mirada (penetrante) de Azencio, cuyo fuego, aseguraban ellas, era sensual, promisorio. Las mujeres parecían a Azencio algo frágil, inofensivo, apetitoso, que lo hacía flotar en una nube melancólica. Pero después ocurrió un cambio. Las visiones de Azencio vibraron con colores extraños, oníricos. Una joven muy hermosa subiendo al campanario de la iglesia, de donde se arrojaba al espacio, caía con lentitud, se estrellaba en el suelo y moría con los ojos muy abiertos. La realidad fue

Este cuento está dedicado a Pepe Cíper, el Josa-fat

distinta: efectivamente una joven hermosa subió al campanario pero acompañada por otra muchacha gorda y fea. Las dos jóvenes discutieron agriamente y la muchacha bella *empujó* a la gorda y fea, quien cayó (con rapidez vertiginosa), se estrelló en el suelo y murió con los ojos muy

abiertos ——— Azencio se inquietó: sus clientes encolerizarían si él no interpretare bien sus visiones. Se hallaba en ese estado de agitación cuando su maestro, el superior del convento, lo amonestó acremente: estaba al tanto de todos los lances sexuales del joven monje y de que cobraba por predecir. Lleno de ira y ofuscación Azencio desprendió la imagen de San Antonio del nicho y la arrojó con toda su fuerza a la cara del maestro, quien cayó en el suelo (sangrando). Azencio huyó al bosque. Caminó todo un día y una noche en dirección del lago, en cuyo margen vivía un pescador amigo suyo. Cuando la fatiga lo venció, durmió profundamente en la hierba y al despertar no supo dónde se hallaba. Revisó el rededor con una intuición de alarma creciente, hasta que reparó en su amigo el pescador acompañado por dos mujeres hermosas, de larga cabellera, fragantes tras unas túnicas de seda que traslucían sus cuerpos (tentadores). El pescador y las mujeres invitaron al monje a que masticara, como ellos, unos tallos semejantes al brócoli pero de fibras delgadas y multicolores. Azencio comió, con delectación. Su cuerpo se llenó de energía. Las mujeres se despojaron de las túnicas y Azencio las poseyó vigorosa, infatigablemente, una tras otra, mientras el pescador los contemplaba. Después de reposar las mujeres inquirieron al monje si estaba dispuesto a obedecerlas, sin formular preguntas, y él accedió, esperando otro juego placentero. Pero ellas lo ataron a un árbol, con sus túnicas, y lo golpearon con unas ramas espinosas, que silbaban en el aire, cortaban en gajos la sotana y hendían la espalda de Azencio. Mientras el pescador observaba, las mujeres se turnaron para flagelar al monje, quien en un principio gritó pero luego optó por soportar en silencio. Esa era la penitencia que tarde o temprano le acaecería. El pescador siguió observando cuando las mujeres desataron al monje y le dieron más tallos multicolores. Fríamente le advirtieron: podía retirarse cuando quisiera: nadie lo detenía: él participaba voluntariamente. Azencio no hizo preguntas. Estaba fascinado. Rechazaba la idea de huir: eso significaría evadir la oportunidad de purificarse. Fornicaron nuevamente y después de más golpes comieron otros tallos multicolores. El bosque (oscuro) admitiendo apenas una luz mortecina. Árboles antiguos, troncos nudosos y copas altísimas. Las hojas húmedas dispersándose cuando llegó Azazel, era joven (cuerpo esbelto, sinuoso) y muy bello. Debía estar loco. Su mirada disponía de un destello que turbaba a Azencio, quien optaba por no mirarlo, enjaulado en una agitación incontenible. Oscureció y todos durmieron. Azencio también. Tuvo un sueño. En el sueño aparecieron tres ancianos pero la voz que se escuchó no era de ninguno de ellos, sino que surgía de las profundidades. Cuídate de Azazel, está junto a ti para aniquilarte. Cuando despiertes tendrás sed, aléjate para mitigarla. Azazel te seguirá. Rehúyelo. Si logras escapar de su asedio llegarás al lago. Allí te sucederá lo que te sucederá. Azencio despertó con una agitación que lo hacía estremecer La sed lo estragaba. Azazel se

hallaba a su lado, mirándolo dulcemente. Lo invitó a comer más tallos, haciéndole saber la belleza de los colores prismáticos, enfatizando qué pequeños eran, cuán inofensivos, frágiles y apetitosos. Azazel parecía una madre solícita. Azencio avisó: iba a tomar agua; se puso de pie y caminó apresuradamente, tratando de no oír a Azazel quien lo seguía invitándolo a que mitigara la sed en un bello surtidor al pie de una montaña. El monje se descubrió pensando en el surtidor al pie de la montaña. Su boca devastada, la garganta resquebrajándose pero Azencio corrió, escuchando a Azazel correr tras él. Pero después ya no lo escuchó nadie. Aminoró el paso y respiró profundamente, contando cien doscientos trescientos cuatrocientos quinientos seiscientos setecientos, al inhalar; y setecientos seiscientos quinientos cuatrocientos trescientos doscientos cien, al exhalar, el monje se detuvo maravillado. Recargada en un árbol, una mujer desnuda (piel suave y cadera firme): senos pequeños (redondos), una deliciosa curva en el vientre y un manantial el triángulo sedoso del pubis. Los ojos enormes de pestañas enredadas mirándolo fijamente. El cansancio de Azencio desapareció, el estruendo de su pecho cesó y una lánguida apacibilidad. La mujer caminó hacia Azencio: tan pequeña, tan inofensiva, tan frágil y apetitosa. Azencio retrocedió: la tranquilidad desapareció y en su lugar quedó el fragor de su corazón. La mujer se convirtió en Azazel. La mirada (penetrante). Azencio volvió a correr por el bosque, evitando unos arbustos enmarañados. En instantes fugaces alzaba la cara y veía el cielo negrísimo, las constelaciones, deshaciéndose la sotana del monje porque las ramas la rasgaban y terminaron enganchándola. Cuando Azencio la desenganchó, surgió la presencia de Azazel en la forma de un arroyo de voces celestiales que se deslizaba por los árboles: una música pura, diáfana, majestuosa, como si anticipara una revelación. Azencio no dejó de correr. La música se abrió paso entre los árboles hasta envolver una colina donde resplandecía, en la cima, un castillo de torreones dentados, vitrales policromos y cúpulas amplias, color azul cielo. Azencio no comprendía, esperaba ver surgir a Azazel en una ventana del castillo. Siguió corriendo, alejándose de la colina y la música que la serpenteaba. Pero Azazel se apareció en la oscuridad, con su mirada (inflexible) desparrramando llamas. El cuerpo de Azazel se fundió en las tinieblas pero el fuego de los ojos persistió, dos circulitos resplandecientes en el espacio: empezaron a expandirse, desgranando llamaradas, hasta que surgió un haz de fuego, una columna incandescente incendiando las plantas del bosque. El fuego giró cada vez más vertiginosamente, y Azencio sintió el deseo (la languidez) de consumirse, dejarse incendiar para purificarse. Pero la columna de fuego destruía: junto a ella sólo había madera crujiendo, cenizas y humo. Azencio huyó con más desesperación que nunca; por doquier el escenario era el mismo y por doquier la columna de fuego arrasaba matorrales, troncos, ramas, arbustos, hojas secas. El



resplandor rojizo iluminaba el camino de Azencio, quien tuvo la certeza de que *él* era el loco: los árboles que veía ya no eran árboles, eran cuerpos contorsionándose; y la tierra no era tierra sino lava incandescente, pantadiposa. El monje siguió corriendo con el ardor agobiante a sus espaldas, seguro de no escapar nunca de esa red flamígera, hasta que alcanzó a ver, tras los árboles, contrayéndose, la visión pacificadora de un lago inmenso (transparente). Azencio, delirante de felicidad, dio la mayor fuerza posible a sus piernas, sorteó los últimos árboles (se encogían como gusanos), pisó el prado verde y mullido de la orilla y finalmente se dejó caer en el agua, fragmentando la superficie del lago. Y aunque se raspó el pecho a causa de la poca profundidad, Azencio respiró, feliz, porque el agua lo envolvía, acariciaba sus miembros destrozados. En la orilla, el fuego había desaparecido y no quedaban rastros de él. Sólo los árboles seguían contrayéndose para luego expandirse, como si gimieran. Pero el lago parecía ilimitado: sus márgenes se empequeñecían hasta fundirse con la frágil línea del horizonte. Ni un atisbo de montañas azules a lo lejos, sólo el cielo blanquecino con la claridad endeble del alba. Una inmensa vastedad. En el bosque (oscuro) los árboles se retorcián; del otro lado, el agua quieta engullía el horizonte. Azencio fue sobrecogido repentinamente por una desolación sin límites. Su pecho quería explotar, ya no por el cansancio de la carrera (frenética) sino agujonado por la soledad, el silencio, la claridad ominosa del cielo. Quiso llorar pero en su garganta sólo ocurrió un estrangulamiento de sensaciones y las lágrimas no bordearon siquiera sus ojos vencidos (temerosos). Era tanta la desolación del monje y tan estruendoso el silencio que en ese mismo instante decidió morir. Hundirse en el agua cálida. Regresó a la orilla, evitando ver los árboles que en ese momento parecían derretirse y gotear. Encontró una piedra grande, se desnudó y con la sotana desgarrada amarró la piedra a su vientre. Cargando la piedra avanzó hacia las profundidades del lago, pero el lecho iba inclinándose apenas perceptiblemente y tuvo que andar mucho. Ya estaba cansado y la piedra pesaba como sus pensamientos cuando el agua apenas le cubría los muslos. Tomó asiento para descansar. La piedra entre sus piernas y el agua hasta el cuello. Sintiendo cómo clareaba el cielo y unas nubes monumentales aparecían por el sur. La orilla quedaba lejos ya, y después de recobrar fuerzas Azencio decidió seguir adelante. Mientras iba hundiéndose, el silencio del lugar y el peso de la piedra lo oprimían, le regalaban una creciente melancolía. No se veían pájaros, ni garzas, ni el viento soplaba y frente a él sólo se extendía la infinitud horizontal del lago. Poco a poco el agua fue cubriendo su cabeza y paulatinamente un zumbido fue inoculándose, haciéndolo trepidar. Azencio cerró los ojos y se dejó caer hasta quedar tendido en el lecho del lago. Entonces lo invadió

Your outside is in

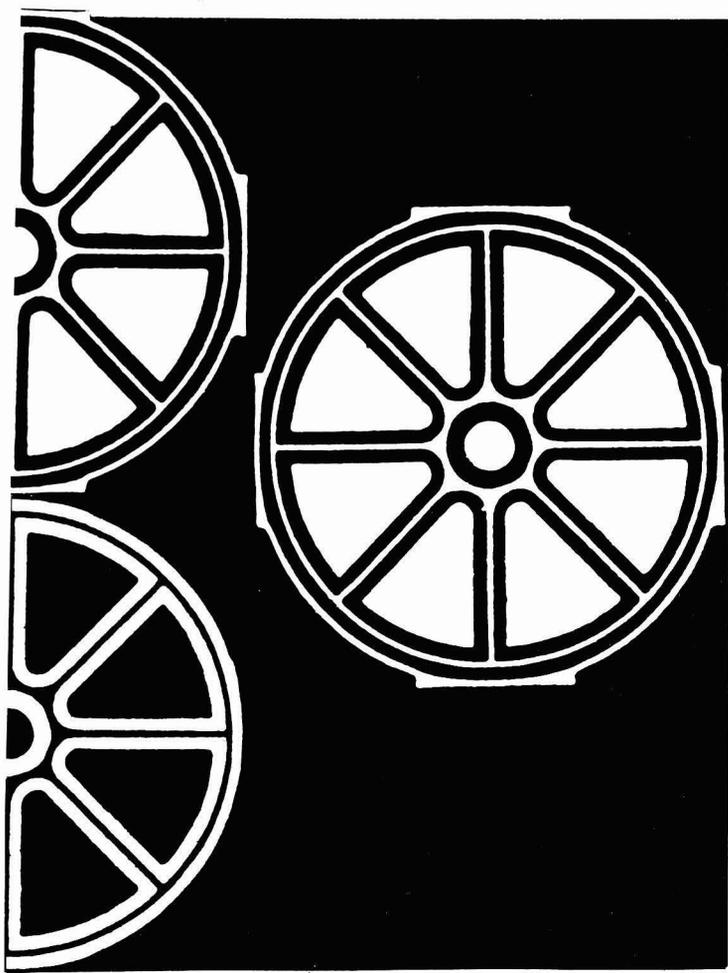
The deeper you get

un terror fulminante y quiso salir pero ya no le fue posible. Llovieron en su mente imágenes de tipo geométrico y de colores vibrantes, que cambiaban con rapidez inconcebible. Evocaban construcciones derruidas, bóvedas altísimas, grandes engranajes, partes internas de máquinas, ruedas, arcoiris solidificados; después eran colores violentos, franjas hormigueantes que giraban con lentitud, con líneas que se cruzaban y círculos que se expandían. Su cabeza se llenó de una música sibilante mientras se formaban remolinos que iban hasta el infinito con su vertiginosidad concéntrica. Experimentó una sensación tan poderosa y terrible que obtuvo la certeza de que el universo era su mente y de que el universo explotaría como un globo. Todas las imágenes se sucedían con tanta velocidad e incoherencia que el tiempo se convirtió en

algo sin sentido: no podía existir tal simultaneidad. Aterrado, abrió los ojos y vio el agua encima de él, apenas meneándose y trasluciendo el cielo con nubes inmensas que se distorsionaban a causa de la oblicuidad de la luz. Supo que iba a morir y sin embargo aún no moría, ¿cuánto tiempo llevaba en el piso del lago, bajo el agua? Parecían siglos, pero tenían que ser fracciones de segundo porque la mano atestiguaba que su corazón aún latía. Volvió la cabeza hacia el lecho del lago y vio que las plantas se convertían en triángulos, y de entre ellos la arena se elevaba uniformemente hasta convertirse en nubes distorsionadas. De las porosidades de la arena surgieron escorpiones, arañas, piojos, chinches, reptiles que se metamorfoseaban en cáscaras de huevo, en martillos, en ruedas de carretas, en tuercas, en piedras angulares, en joyas, en naranjas, en miembros desarticulados de mínimos muñecos. Y luego emergían ojos flameantes rojísimos que se agrandaban hasta transformarse en manos con puñales y en bocas

Your inside is out

con colmillos sanguinolientos y órganos sexuales carcomidos y en aves prehistóricas y en murciélagos y moscas y ratas y cerraduras que se desplazaban de lugar en instantes fugaces y con velocidad desquiciante. Mil veces mejor ver hacia arriba pero en las alturas el cielo se resquebrajó y empezó a caer sobre la superficie del lago, las nubes se petrificaron y se desplomaron convertidas en lluvia de fuego y al penetrar en el agua eran trozos de carbón pedazos de excremento y después cabezas decapitadas con los ojos vacíos y las cuencas sangrantes y las cabelleras flotando meciéndose danzando en el agua y todas esas cabezas eran su propia cabeza y optó por cerrar los ojos pero con los ojos de la mente vio árboles zarandeándose hasta caer y montañas corruptas y un laberinto oscuro y ominoso por donde él iba avanzando adentrándose en las tinieblas y rebasando habitaciones clausuradas y sabía que a pesar de todo continuaba vivo en una vida latente o en una muerte flexible que a fin de cuentas era lo mismo porque su mano atestiguaba que su corazón latía y se expandía y quizás había cesado porque cuál mano cuál corazón que atestigüe la mano pero los párpados se abrieron y vio que su nariz emitía burbujas que se convertían en grandes globos transparentes y dentro de ellos murmuraban ciudades fortificadas o deslumbraban desiertos vastos ondulantes donde agonizaban ejércitos avanzando en camellos enarbolando estandartes y en otras burbujas estaban las efigies de San Antonio sálvame ayúdame esos San Antonio eran muñecos de ventrílocuo y preferible cerrar los ojos pero en su mente llovía a cántaros tormentaba con furia y el viento aullaba cortaba penetraba se arremolinaba y caían rayos y rodaban truenos se esparcían una sola sucesión de truenos un solo trueno y detrás de eso germinaba una mezcla extraña de voces discutiendo desconsideradamente qué dicen qué gritan qué maldicen yo no les he hecho nada y pisadas mudas quién recorre mi cabeza va a



explotar y llaves girando en cerraduras oxidadas y cascadas y olas rompiendo con vigor y aún no moría y cuánto tiempo se había debatido así y al abrir los ojos el agua se enturbiaba pero después se aclaraba y ya era traslúcida y el cielo encima limpio e intenso pero las nubes cambiaban de forma se volvían rostros amenazadores todo cambia todo está cambiando eternamente y mejor cerrar los ojos y ya no sentía su cuerpo ya no había mano para comprobar si algún corazón latía y se expandía todo era silencio absoluto vaciedad total.

The higher you fly

Azencio no pensaba Azencio no existía lo habían aniquilado pero quienquiera que estuviese pensando dentro de él advertía que su locura fue tan violenta (tan implacable) que Azencio se había vaciado se había convertido en oscuridad absoluta y silencio total y dónde estaba quizás había muerto al fin las tinieblas se fueron despejando hasta volverse algo gris y luego una luz clarísima calcinante y Azencio volvió a sentir su cuerpo fugazmente sacudido por algo que podía considerarse regocijo pero su cuerpo cesó nuevamente y algo en Azencio supo que volvía la nada lo gris y después la luz clara pero hasta la luz clara se fue todo se fue se fue todo integrado en la totalidad

[REDACTED] y cuando Azencio recobró la conciencia no supo cuánto tiempo había transcurrido y dónde y qué sucedió, sólo advirtió que ya no tenía alucinaciones ni visiones, se hallaba dentro del agua y vivía. Así. Tuvo la percepción (¿el recuerdo?) fugaz de algo que semejaba una bóveda llameante, pero desapareció en el acto, reapareció y volvió a desvanecerse: no se trataba de una visión ni de un recuerdo sino sólo de una percepción imprecisa de la cual después la imagen fugaz de la bóveda llameante, pero esa imagen se desvanecía, como

si fuera el fantasma de un sueño, y finalmente quedaba una gran —tranquilidad. Azencio desamarró la piedra que ahuecaba su vientre y salió a la superficie, nadó hasta sentir el suelo firme bajo sus pies. Se hallaba tranquilo y no sólo eso: una energía regocijante lo llenaba, su cuerpo vibraba tenue pero constantemente aunque en su piel no se advertía ningún estremecimiento. Y el paisaje era el mismo que cuando entró en el lago: la superficie infinita y el bosque a sus espaldas. Todo era igual y al mismo tiempo completamente distinto: como si hubiera otro tipo de luminosidad. Azencio avanzó, desnudo, respirando la serenidad, la majestuosidad del lago. Cuánta vida en esa inmovilidad. Llegó a la orilla. Los árboles de nuevo eran árboles: ya no se contraían, ni se retorcián, ni se derretían ni goteaban. Azencio se dejó caer en el prado mullido. Encima del horizonte el cielo empezaba a sonreír con una línea de color hormigueante (brillante) adherida a la línea imprecisa del horizonte. Después el cielo se fue llenando de colores, las nubes monumentales se volvieron amarillas y luego rosadas y anaranjadas y más tarde rojas y finalmente violáceas; y en el centro del lago, surgiendo del otro lado de la curva del horizonte, se empezó a manifestar una gran mancha de color dorado deslumbrante (cegador). Qué milagro, se dijo Azencio, el mundo encendiéndose medidamente. Los colores del cielo parecían desprenderse para inundar a Azencio, quien tuvo que bajar la vista, incapaz de estar frente a frente con tanta perfección. En el centro de la gran mancha de color incontenible empezó a aparecer la curva del sol, oro derritiéndose (llorando). Era tanta la felicidad de Azencio que deseaba arrojarse al suelo y llorar de sublimación _____ exaltación. _____

_____No hay error en salir y entrar.
Hacia delante y hacia atrás va el camino.
En el séptimo día viene el regreso.
Es favorable tener a dónde ir. _____

